

EL ORIENTALISMO DEL LIBRO DEL TESORO DE LA B. N. DE MADRID

En la *Reseña Histórica* de su *Tratado de Criptografía*¹, dice J. C. Carmona: "En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional existe un libro titulado del Tesoro, que está escrito en lenguaje cifrado casi todo él, y que, según se dice en una especie de prólogo que lleva al principio, fue compuesto nada menos que por Alfonso X el Sabio (1272). Si esto fuese cierto, habrá que creer que en España se hizo uso de procedimientos criptográficos casi al mismo tiempo que el castellano se formaba; pero casi todos los autores de literatura ponen en duda la autenticidad del libro, y por último, Amador de los Ríos asegura de una manera rotunda que es apócrifo, que no solamente no pertenece al siglo XIII, sino que debe ser de la segunda mitad del XV. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que todos confiesan que no ha habido nadie que lo haya descifrado; lo que confirma más la aserción de Amador de los Ríos, porque de pertenecer al siglo XIII, estaría cifrado de una manera sencilla y no ofrecería dificultades el desciframiento. De todos modos, nosotros hemos de intentar su desciframiento después de terminado este tratadito, para formar juicio más exacto del código en cuestión, si por acaso lo conseguimos".

Nuestras pesquisas para ver si Carmona había llegado a describirlo resultaron vanas, por lo que decidimos intentarlo nosotros. Algún tiempo después lo conseguimos en París y procedimos entonces a reunir bibliografía sobre el tema de este manuscrito, que también es conocido como *Libro del Candado* por las dos chapitas que están fijadas a sus dos tapas y que servían en tiempos para cerrarlo con un candado. Como no tardaríamos mucho en ver, nuestro trabajo tenía un precedente desde por lo menos ¡1658!². Como esperamos mostrar en el libro que sobre este *Tesoro* estamos pre-

¹ J. G. CARMONA *Tratado de Criptografía con aplicación especial al Ejército* Madrid 1894, cap. II pág. 9.

² Según una entrevista mantenida por un redactor del diario madrileño YA (22 de Julio de 1966, pág. 31) los señores Fernández-Monzón y De Cominges declaraban haber sido los primeros en haber descifrado el Libro del Tesoro, error al que seguramente fueron llevados, como nosotros, por las afirmaciones del libro de Carmona. Con fecha 10 de Agosto enviamos una carta de rectificación a dicho diario, que no se publicó.

parando para la imprenta, existen recensiones distintas del libro del Tesoro, más o menos modernizadas en el vocabulario, siendo a nuestro parecer la del manuscrito de Madrid copia de la más antigua³. Además del manuscrito de Madrid existe otro en Sevilla⁴ con 27 octavas menos que las 62 cifradas del Ms. de Madrid, pero cuyo sentido era ya conocido; en Alicante, entre los manuscritos pertenecientes al Marqués del Bosch se encuentra todo el libro del Tesoro limpio de cifra copiado en 1770 por el célebre calígrafo Francisco Xavier de Santiago Palomares⁵ junto con otros manuscritos alquímicos de la biblioteca de don F. Fernández de Obecuri y Vallejo. Podemos decir, pues, que en sus diversas versiones tuvo relativa difusión entre los aficionados a la alquimia, pues el Libro del Tesoro no es más que un tratado sobre el modo de conseguir la famosa piedra filosofal.

El orientalismo del libro del Tesoro es genérico en cuanto toda "arte transmutatoria" lo es, se concretiza más en cuanto libro hermético y es claro en determinados aspectos de los signos empleados en el criptograma.

EL ORIENTALISMO ORIGINAL DE TODA OBRA ALQUÍMICA

R. J. Forbes⁶ sitúa el origen de la Alquimia en el Oriente Antiguo y siguiendo su brillante síntesis vemos con mayor claridad su desarrollo histórico. La Alquimia difiere de la Química por el método y por la aplicación de un talante filosófico y religioso a este campo de las Ciencias Naturales. Surgió en tiempos históricos *en estado embrionario* cuando la gran Revolución Urbana, (comparable, para Forbes, con la Revolución Industrial del s. XVIII), trajo antes del año 3.000 a. C. el arado, la irrigación, la rueda, la navegación, los textiles, la escritura y la metalurgia del oro, la plata, el cobre y el bronce. En este aspecto el mundo clásico grecolatino poco pudo añadir a la herencia de los grandes imperios del Antiguo Oriente; el avance tecnológico lleva a la producción de aleaciones y productos sintéticos: lapislázuli, cobre, plata, quizás oro; la piedra de

³ La descripción del manuscrito está en Tomás Antonio Sánchez *Poesías Castellanas anteriores al siglo xv* Madrid 1779 tomo I pág. 152, 160 ss.

⁴ Transcrito por José Amador de los Ríos *Historia Crítica de la Literatura Española* y reproducido por José Ramón de Luanco *La Alquimia en España* tomo II pág. 216-327.

⁵ J. R. DE LUANCO *La Alquimia en España. Escritos inéditos, noticias y apuntamientos que pueden servir para la Historia de los Adeptos Españoles*. Barcelona 1889, dos tomos. En el tomo I reproduce íntegro el manuscrito de Palomares, pág. 167-194.

⁶ R. J. FORBES, *Studies in Ancient Technology*. vol. I Leiden 1955, pág. 121, 125 *passim*.

toque ya es conocida en 600 a. C. Ciencia, religión y filosofía era todo uno para la mente antigua y puesto que dan poder, al permitir conocer mejor el orden de la Creación y dominar la naturaleza, un elemento de secreto e iniciación fue penetrando en los textos. Del s. XVII a. C. son varios intentos de lenguaje secreto aplicando palabras distintas de las propias a determinadas materias primas. Se piensa ya con la mentalidad que luego se repetirá siglo tras siglo por los alquimistas: "el que sepa, que se lo enseñe al que sepa, pero que no se enseñe al que no sepa", y que en la expresión del Libro del Tesoro suena así: *E maguer sea dicho en los dichos de los Sabios ca el home que ocultare el Thesoro no face caridad... quise ocultar éste, ca non fuese entendido salvo de home bueno e sabio*. La antigua idea de aplicar la idea de sexo a los productos inorgánicos la encontramos también en el *Tesoro*:

Es la materia de aquesto llamada (oct. 12)
De diversos nomes por omes prudentes

.....

El nuestro hermetismo dice que es Cielo (oct. 14)
E Tierra, más otros ome e muger.
E del matrimonio suelen facer
Otros enigma que sirve de belo.

Los metales nacían, vivían, morían y resucitaban; en el *Tesoro* se recoge la antigua creencia:

Así vuestra obra comienza a vivir (oct. 30)
Despiritu nuevo e nueva sustancia
Donde se continúa la perseverancia
Del cuerpo que sangre le viene a servir.

La elaboración era un rito pleno de secretos peligros, por lo que convenía atraerse la benevolencia de los dioses; no era de menor importancia el conocer el momento adecuado para realizar las operaciones y de ahí el que la astrología y la Alquimia vayan estrechamente unidas, especialmente a partir del s. VI-V a. C. en que los magos iraníes ocupan un importante puesto en Mesopotamia. La amalgama de Persia y Mesopotamia fue heredada por los epígonos de Alejandro Magno: Pérgamo, Antioquía y sobre todo Alejandría pasan a ser centros de reuniones de sabios. Tradicionalmente se ha creído que la cuna de la Astrología y la Alquimia era Egipto, pero las pruebas están a favor de Mesopotamia y no de Egipto. Sin embargo fue en Egipto, en Alejandría, donde se redactaron los escritos propiamente alquímicos más antiguos; allí se pasó de los fines prácticos tecnológicos al estudio de la transmutación de la materia, que es un fin filosófico. Estas transmutaciones iban

acompañadas de cambios de color, a los que se concedía un valor mágico. Una vez lograda la materia prima de color negro, había que lograr otra de color blanco, luego otra amarillenta y por fin pasar al de color purpúreo violeta que llevada al púrpura dorado, si se echaba sobre el oro producía más. Nuestro *Tesoro* recoge estas ideas:

Que en tiempo muy breve el negro divino (oct. 40)

Vereis. E colores de su primer fuego

Fasta llegar al rojo que luego

Piedra se face qual es robí

.....

Despues de pasada aquesta color (oct. 31)

Vereis otras munchas en sus diferencias

Ca son semejantes en sus apariencias

(A)l Argos e al Iris en su resplandor *

Ca la sequedad del líquido umor

Face ser esto de varia pintura,

Fasta llegar a cierta blancura

.....

Ca non se recela por la ingresión (oct. 34)

A todo metal en oro tornar.

A todo se aplica e todo convierte (oct. 35).

Pasado lo que Forbes llama el período de codificación de la Alquimia en la Alejandría helenística, los neoplatónicos y gnósticos no añaden nada nuevo, salvo que pasa a formar parte de su doctrina filosófico-religiosa. El griego cedió después el puesto al arameo y cuando nestorianos y monofisitas fueron expulsados de Bizancio y se establecieron en Siria y Mesopotamia, las obras alquímicas griegas fueron traducidas al siríaco. Con los árabes desparramados por todo el que fue Antiguo Oriente propagando el islamismo, la alquimia perdió parte del talante filosófico que le habían dado los griegos para volver a hacerse experimental: Nisibis, Edesa, Harrán aun en declive llegaron hasta la época árabe trabajando según lo hacían los antiguos centros mesopotámicos.

Pero no es sólo en este origen oriental, compartido con todas las obras alquímicas, en lo que estriba el orientalismo del *Tesoro*. Dentro de las obras alquímicas hay un grupo medieval que Thorndike clasifica como “hermético”⁷ y con el cual vemos estrechamente relacionado el *Tesoro*. Al parecer, estos libros herméticos trans-

(*) Var: al arco del Iris.

⁷ LYNN THORNDIKE. *A History of Magic and Experimental Science during the first thirteen centuries of our Era*. 2 vols. New York 1927. vol. II, cap. XLV, pág. 214 ss.: Hermetic Books in the Middle Ages.

forman a Jalid ibn Yazid, príncipe omeya (635-704) de Alejandría en un legendario rey de Egipto. Según al-Mas'udi, el príncipe es autor de una receta para hacer oro y según otros autores árabes del siglo IX y X el príncipe se interesaba por las ciencias naturales, la medicina, la alquimia y la astrología y fue el primero en promover las traducciones al árabe de los escritos griegos y coptos. La leyenda entra con su maestro: según el *Fihrist* su maestro fue un tal Morieno, discípulo a su vez de Adfar. Los alquimistas europeos atribuyeron a este Morieno un libro de alquimia compuesto por orden de Yazid, conservado solamente en su versión latina medieval. Aunque el libro de Morieno en latín está dedicado a Jalid, por el propio Morieno, figura ya como "Calid rey de Egipto" y la obra se pretende ser original en última instancia de Hermes Triplex. El primer Hermes, se explica, fue Enoch, el segundo Noé y el tercero este gran Hermes que reinó en Egipto después del Diluvio y redescubrió y propagó todas las artes y ciencias y es llamado Hermes Triplex por ser profeta, filósofo y rey. Compuso un libro con los saberes de la Alquimia, pero permaneció perdido hasta que fue hallado, mucho después de la Pasión de Cristo, por Adfar de Alejandría, adonde, atraído por su fama, fue el joven romano Morieno, que se convirtió en el discípulo de Adfar y que cuando éste murió se retiró a Jerusalén a vivir como eremita. Según nos sigue relatando Roberto de Cheste, uno de los primeros en traducir del árabe al latín libros de alquimia⁸, pues en 1182 de la Era Hispánica (1144) terminaba su trabajo de traductor, tras la muerte de Adfar se sucedieron varios reyes hasta llegar la línea hereditaria a Calid, patrón de la ciencia y buscador de libros de Hermes, a cambio de los cuales ofrecía ricos presentes. Morieno, que aún vivía, se enteró de esta afición de Calid y se decidió a presentarse en Alejandría, no por deseo del oro ofrecido, sino para instruirle espiritualmente. Logrado de Calid un laboratorio para sus experimentos, en una noche hizo la transmutación en oro, marchándose después secretamente. Al ver el oro que Morieno había hecho en una sola noche, Calid mandó cortar la cabeza a sus propios alquimistas que no habían sido capaces de hacerlo durante años. Vuelto de nuevo Morieno junto a Calid, se avino a enseñarle su ciencia, mezclada de muchas consideraciones morales, terminando con una explicación del vocabulario alegórico de los alquimistas. Esta fábula del rey y el sabio que se decide a enseñarle no por dinero, sino por fines de perfección espiritual, la tenemos en el Libro del Tesoro, por lo que podemos afirmar, aunque Thorndike no lo mencione,

⁸ Liber de Compositione Alchemiae quem edidit Morienus Romanus, Calid Regi Aegyptorum quem Robertus Castensis de Arabico in Latinum transtulit (apud: L. Thorndike *op. cit.*, pág. 215, n. 1).

que está dentro de la corriente hermética. En efecto, el supuesto rey, aquí Alfonso X el Sabio, manda llamar al sabio:

Llegó pues la fama a los mis oídos (oct. 1)
Quen tierra de Egipto un sabio vivía

Codicia del Sabio movió mi afición, (oct. 2)
Mi pluma e mi lengua con gran humildad
Postrada la alteza de mi magestad
¡Ca tanto poder tiene una pasión!
Con ruegos le fiz la mi petición
e se la mandé con mis mensageros
Averes, haciendas e muchos dineros
Allí le ofrecí con santa intención.
Repúsome el Sabio con gran cortesía: (oct. 3)
Maguer, vos Señor, seais un gran rey,
Non paro mientes, en aquesta ley
De oro, nin plata, nin su gran valía:
Serviros, Señor, en gracia ternía.
Ca non busco aquello que a mi me sobró;
E vuestros haveres vos fagan la pro
Que vuestro siervo Mais vos querria.
De las mis naves mandé la mejor, (oct. 4)
E llegada al puerto de Alexandria,
El fisico astrólogo en ella sabía

La Piedra que llaman filosofal (oct. 5)
Sabía facer e me la enseñó:
Fecimosla juntos, después solo yo.

Quizás este nombre del sabio Mais sea una reminiscencia del de Morieno. Desconcierta el que el autor del *Tesoro* después de esta paladina declaración de "ciencia importada" y de añadir otros estudios

Tuve suso desta estudios de gentes (oct. 6)
De varias naciones

pero sin llegar a dejarse arrastrar por ellos, pues sigue

mas non ca en tal caso
De los Caldeos hiciese yo caso,
Nin de los Arabes, nación diligente;
Egipcios, siriacos, e los del Oriente
Quel Indico habitan e los sarracenos.

pues es a sus compatriotas a quien está agradecido:

Ficieron mi Obra iberos tan buenos *
Que honran la parte de nuestro Occidente.

Este nacionalismo cultural incipiente nos sitúa ya en un ambiente renacentista, en el que la cultura musulmana está en plena decadencia y no da prestigio, pero todavía es operante la mentalidad plenamente medieval de la atribución de obras a las grandes figuras del pasado⁹; importa más la obra que el nombre:

Lo que yo quiero es non sea perdido (oct. 7)
La grande valía deste magisterio;
Mas non quiero dar un tan grande imperio
A ome quen letras non sea sabido.
Por ende fingine Sphynghe Thebana (oct. 8)

Este aire de secreto o dificultad es muy frecuente en los escritos de alquimia. Según los propios alquimistas se debería al peligro originado por un supuesto edicto del Emperador Diocleciano mandando quemar todos los libros de alquimia existentes en Egipto, por temor a que con el oro de los alquimistas se financiase alguna revuelta contra él¹⁰. También el temor a ser acusado de magia contribuía a que el alquimista buscase el secreto. La magia tenía, además del peligro de que las fuerzas misteriosas desatadas se volvieran contra el aprendiz de brujo¹¹, el de su consideración de actividad ilegal. En las *Mil y una noches*, versión del Dr. Mardrús¹², el persa de la noche 580 teme que la gente sepa su condición de alquimista y procura actuar discretamente. Ahora bien, como observa Thorndike¹³ el secreto se compadece mal con la prisa por componer libros, y cabe

(*) Aceptamos esta versión de Palomares. Madrid: hicieron mi ora e versos tan buenos.

⁹ JACOB BURCKHARDT en su *La Cultura del Renacimiento en Italia*, parte segunda, cap. I y III especialmente, señala como una característica de los nuevos tiempos la afirmación de la personalidad del individuo en cuanto tal individuo, no en cuanto miembro de una religión, una raza o un gremio.

¹⁰ Diocleciano ha pasado, en efecto, como perseguidor de los libros de Alquimia. Véase el ambiente histórico que dio motivo a tal medida en Luis GIL *Censura en el Mundo Antiguo*, Madrid 1961. El cap. XVIII se titula precisamente Diocleciano y la persecutio codicum (pág. 371-408).

¹¹ Hay que conceder siempre un margen de buena fe a los adeptos; por su credulidad en la eficacia de sus manipulaciones se dedicaban a ellas precisamente y fácil es suponer la angustia reinante en los experimentos en los cuales creían poder desatar fuerzas peligrosas.

¹² Según la traducción española de Vicente Blasco Ibáñez, reimpresa en Barcelona en 1966 con una bochornosa cantidad de erratas tipográficas. El persa se presenta en este relato con todos los rasgos típicos que la imaginación popular atribuía al alquimista: tiene en su poder un libro antiguo, no enseña su arte más que a un discípulo selecto y en secreto, y emplea polvos para convertir las cosas en oro. Una nota mágica se añade al relato con la pronunciación de palabras misteriosas y sin sentido aparente.

¹³ *Op. cit.* vol. I, pág. 194-195.

pensar mejor que ese aire de secreto se adoptaba para impresionar al lector con la idea de que realmente se tenía algo que esconder. Los medios de ocultación eran variados: sustitución del nombre de los metales por el de determinados planetas, escrituras al revés, para ser leídas con ayuda de un espejo y los criptogramas. El uso de criptogramas entre los hebreos está atestiguado por el Talmud y los amuletos. Las palabras sin sentido y el amontonamiento de letras de los amuletos e invocaciones mágicas no pretendía originariamente reproducir sonidos terroríficos, sino que eran las primeras letras de cada palabra de una frase conocida o las primeras letras de cada una de las frases de un grupo de ella ¹⁴. Entre los rollos del Mar Muerto no faltan ejemplos de criptogramas en los que está corrido el valor de las letras en el alefato ¹⁵ y entre los cabalistas gozó de gran boga además del *notaricón*, la *temurah* y la *gematria* ¹⁶. El Libro del Tesoro avisa del empleo de cifras:

E yuso de cifras propuse verdades: (oct. 8)

Maguer sea escura por ella sepades

Ca las sus palabras non son cosa vana.

Si aveis entendido esta grande arcana

Non la pongais en conversación.

Guardaldo en la cifra de aquesta impresión.

Estas cifras sirven a su vez para la declaración final de D. Enrique de Villena:

“La cifra es obscura de entender, mas fue explanada por mi Don Henrique de Villena, Señor que soy de Villena; mas no fallé gracia en el rey (que era vano hombre) con ella y oculté en puridad el su bien, fasta que Dios la de a home bueno”.

Es por tanto el supuesto D. Enrique el autor de la clave en la que a cada una de las letras latinas corrientes corresponde dos, tres o cuatro signos diferentes.

¹⁴ T. Schrire. *Hebrew Amulets. Their Decipherment and Interpretation*. London 1966. Aunque reduciendo su campo a los amuletos metálicos, el libro tiene una buena colección de palabras formadas por las iniciales de otras varias que forman una o más frases.

¹⁵ Las indicaciones del Talmud sobre escritura secreta se han visto confirmada por los hallazgos del Mar Muerto y cercanías. G. R. DRIVER *The Judean Scrolls*, Oxford 1965, pág. 19, 335-346.

¹⁶ Entre los cabalistas se utilizó ampliamente el *notaricón*, o utilización de las iniciales de cada palabra nada más; la *temurah* o cambio sistemático del valor atribuido a las letras, y la *gematria* o utilización de las letras con valor numérico y sustitución de grupos de letras por otras que sumadas equivalían a la misma cantidad numérica.

LOS SIGNOS

El criptograma del Libro del Tesoro se compone, salvo error u omisión, de 203 signos diferentes. El trazo dudoso y la escasa diferencia caligráfica entre algunos de ellos hace que haya sido difícil su discriminación y, por ende, causa de errores. Estos errores, sin embargo, no influyen para nada en la lectura final del criptograma que se lleva a cabo con sólo la identificación de 76 signos, pudiéndose considerar los demás como signos nulos o sin valor. Así que dos o tres signos más o menos no cambian en nada el desciframiento. En el *cuadro primero* que insertamos se recogen los 203 signos numerados según el orden de aparición en el criptograma.

El propósito de ocultar el contenido del manuscrito fue ampliamente logrado por su autor, como lo prueba el desciframiento tardío de éste. En todo caso, se desprende del Libro del Tesoro un misterio debido precisamente a los signos, que se adapta bien al tema alquimista, le sitúa y ambienta, influyendo en el estado de ánimo del presunto lector. Sabido es la importancia que se le presta hoy en día a la portada sugestiva de un libro con objeto de decidir al lector indeciso su compra. El autor del libro del Tesoro supo forzar la atención del eventual criptólogo y azuzar todo su ingenio dándole "puertas" para facilitarle el trabajo.

Observando los signos, veremos que a veces la adición de un punto, de una raya o la simple prolongación de un trazo en un signo determinado lo convierten en otro de significado diferente: así el signo 14, que en la clave equivale a E, se parece al signo 170, que no tiene valor, es signo nulo. Otro tanto acontece con los signos 40 (D) y 132; 44 (U) y 85 (T); 45 (R) y 153, 181, 192; 47 (N) y 176 (Ñ); 66 (Q) y 120, 191.

Por la forma, los signos tienen origen diverso. Recordemos las palabras de Marcel Cohen: "Si réellement un homme a voulu délibérément tracer de formes nouvelles... il est peu probable qu'il se soit livré à des combinaisons graphiques sans point de départ". Razonablemente hemos de situarnos en el ambiente del autor para reconocer el posible "point de départ" gráfico del Libro del Tesoro. El ambiente es culto, aficionado a la lectura como lo prueban las citas de personajes de la literatura clásica y de la historia, en especial el deseo de amparar el libro bajo la supuesta paternidad del Rey Sabio, Alfonso X. No tiene nada de extraño el que se utilicen letras griegas o latinas, el que se empleen ligaturas de la cursiva griega (por ej. el signo n. 93, 154, 132 según la tabla de Friedrich Ballhorn "Alphabete Orientalischer und Occidentalischer Sprachen" 2.^a ed. Leipzig 1864) y cualquier otro modelo caligráfico a disposición de los escribas cristianos medievales. Pero escrito co-

mo está el Libro del Tesoro en la España cristiana de finales de la Edad Media, no podían faltar dos elementos poderosos en el desarrollo de la cultura española de la época: el elemento árabe y el elemento judío. Estos dos elementos aumentan la dosis de orientalismo que en su origen tiene la literatura hermética de los alquimistas y presentan al criptograma del Libro del Tesoro unos rasgos difíciles de imaginar en la parte de Europa donde la familiaridad con la lengua y la escritura árabe constituían un exotismo.

Entre los signos empleados criptográficamente en el Libro del Tesoro figuran unos muy característicos: los numerados 54, 55, 115, 119, 145, 151, 168, 202... Son fáciles de identificar por los circulitos que tienen al final o en medio de los rasgos de la escritura, como si las letras estuvieran adornadas con cascabeles. Indudablemente, en estos casos el autor del Libro del Tesoro se inspiró en una escritura enigmática, pero paradójicamente muy conocida, a la que se atribuía valor mágico y por consiguiente se empleaba en la confección de amuletos hebreos y recibió la atención de los cabalistas. Esta escritura no se limitaba a los círculos hebreos, pues fue también conocida por los árabes. El origen de estas letras con cascabeles se ignora. Moses Gaster¹⁷ supone que el alfabeto samaritano, caído en desuso, pasaría a ser considerado como un alfabeto místico; Marcel Cohen¹⁸, siguiendo a Stefan Strelcy¹⁹ parece inclinarse por ciertas letras griegas estilizadas empleadas en los textos mágicos griegos, a las que no estarían ajenos los circulitos de los caracteres cirílicos. Su significación o valor fonético se olvidó, pero eso, más que quitar, añadía atracción supersticiosa. Un libro atribuido a Eleazar de Worms, pietista judío renano, aunque indudablemente no obra suya, al menos en su totalidad, el titulado *Séfer Raziel*²⁰ recoge estos signos con cascabeles, pero sin explicar su valor fonético. El libro contiene un manual para la confección de amuletos y aunque no impreso hasta 1701 en Amsterdam tuvo una

¹⁷ *Studies and Texts*, I: 607. No nos ha sido accesible en el momento de componer este trabajo.

¹⁸ MARCEL COHEN, *La Grande Invention de l'Ecriture et son Evolution*, París 1958, pág. 120 del vol. Documentation et Index.

¹⁹ *Prières magiques éthiopiennes pour délier les charmes* Rosznik Orientalistyczny XVIII (1955) XXXIII-XXXIV. (No nos ha sido accesible y citamos apud M. Cohen op. cit.).

²⁰ Escritos misceláneos sobre los cielos, los ángeles y la mística del alefato hebreo, atribuidos la revelación del ángel Raziel unas veces a Adán y otras a Noé; el rey Salomón fue el conservador de esa revelación. Una parte de esta obra está dedicada a los amuletos. Los autores son varios y a Eleazar de Worms, pietista renano hebreo muerto en 1238 se le atribuye una parte del *Séfer Raziel*; el núcleo originario puede proceder del siglo XI pero la redacción definitiva es posterior a Eleazar de Worms. En forma manuscrita, el *Séfer Raziel* tuvo amplia difusión, pero no fue impresa hasta 1701, en Amsterdam, con el título "Este es el Libro de Adán Primigenio". Véase el facsímil de una página en la *The Jewish Encyclopaedia*, vol. X, frente pág. 337.

gran difusión manuscrita. Este silencio del *Séfer Raziel* sobre el valor fonético de las letras con cascabeles contrasta con sendos intentos árabes y judíos de encontrar equivalencias con las letras de sus alfabetos respectivos. La equivalencia con las letras árabes se intenta en un manuscrito marroquí propiedad del profesor G. Colin que quiere ser un muestrario de las diversas escrituras del mundo²¹; los signos con cascabeles son en este manuscrito 28, uno por cada letra del alfabeto árabe. Por parte hebrea, tenemos un fragmento cabalístico procedente de la Genizah del Cairo actualmente en la Biblioteca de la Alliance Israélite Universelle²²; aquí los signos son tan sólo 22, el número de letras del alefeto hebreo. Si comparamos ambos manuscritos, veremos que no sólo se diferencian en el número de los signos, sino también en sus formas y valores fonéticos. El *Séfer Raziel*, por otra parte, presenta un número mayor de signos, pero sin atribuirles equivalencia fonética. Como podemos comprobar en el *cuadro segundo*, ni en la traza ni en el orden coincide el *Séfer Raziel* con los dos ejemplos anteriores, sea el árabe, sea el hebreo. Forzoso es admitir a la vista de estas amplias diferencias una cierta libertad de invención y, al mismo tiempo, de supresión de las letras con cascabeles, según las necesidades de cada autor; quizás para conseguir la virtud mágica bastaría con desfigurar algo cualquier letra y añadirle después los circulitos o cascabeles²³. A pesar de estas libertades, la existencia de un fondo primitivo común es innegable, como se deduce del hecho de que los tres ejemplos aducidos: Ms. árabe, Ms. hebreo y *Séfer Raziel* coincidan y diverjan entre sí a la vez, y lo mismo cabe decir si incluimos en la comparación los ejemplos sacados del criptograma del Libro del Tesoro. Quizás se podría sugerir que el núcleo original de este alfabeto mágico consistiría probablemente en la combinación de palotes rectos en número y dirección caprichosa rematados por circulitos o cascabeles; a estas figuras primitivas basadas en ángulos y paralelas, se adaptarían por algunos sus respectivas escrituras.

Las letras árabes fácilmente indetificables empleadas por el cifrador del Libro del Tesoro son pocas. La forma aislada es la preferida (signos 2, 29, 142, 158), pero hay un caso de forma inicial (20). El signo γ lo mismo puede basarse en alguna ligatura de la escritura árabe que en el símbolo gráfico & (=y, et) que en el número cuatro de las cifras aritméticas nagari²⁴. Los ápices (nú-

²¹ Facsimil de dos páginas de este manuscrito en M. Cohen *op. cit.* planche 55.

²² Un facsimil de este fragmento en Guy Casaril *Rabbi Simeon bar Yochai et la Cabbale*, París 1961, pág. 155.

²³ La última letra del manuscrito árabe, por ejemplo, del *cuadro segundo* fácilmente se identifica con el ζ árabe, cuyo valor de *y* es el que precisamente le atribuye el autor.

²⁴ Cfr. fig. 134 y 135 en J. G. FÉVRIER, *Histoire de l'Ecriture*, París 1948.

meros) introducidos en Europa por Boecio basándose en las cifras indo-árabes pudieran tener también una representación en el criptograma del *Tesoro* (68 ¿el cero de Boecio o el signo sol = oro de los alquimistas?, 125 ¿el seis de Boecio?). Dada la variedad de signos del criptograma, salvo los casos muy claros de imitación de un alfabeto determinado, las comparaciones con otros sistemas han de ser muy cautas, pues raro será el signo que no pueda asemejarse a alguno de cualquier sistema de escritura, por muy distante en el tiempo o en el espacio que se halle. Nos limitamos, pues, en lo que a orientalismo se refiere, a los pocos casos de alfabeto mágico y escritura árabe recogidos más arriba, por tratarse de formas características y conocidas dentro del campo histórico-cultural y geográfico del autor del criptograma. Debemos subrayar, empero, que ningún signo (salvo el 93) tiene parecido con las letras hebreas ¿omisión de intento? no cabalísticas.

La copia que del *Tesoro* reprodujo el calígrafo Palomares en 1770 ha de ser, en opinión de Luanco, anterior a 1603, pues una de las apostillas añadidas posteriormente cita la conjunción de ese año²⁵. El manuscrito de la Biblioteca Nacional que contiene la *Paracélsica*²⁶, según describe y comentario de H. O. D. B. en 1658, contiene un prólogo en el que el comentador español dice:

“Vino a mis manos un tratado de mano escrito con cifras difíciles de entender el cual trata de la piedra filosofal... enseñada por Filipo Teofrasto Paracelso... en cifras, las cuales... fueron por mi entendidas con toda su práctica. Este libro quedó en poder del rey nuestro señor, *junto con el Tesoro del Rey D. Alfonso el Sabio*, y otro que trajeron unos padres de la Compañía de Jesús, los cuales tratan de la misma obra (es decir, de alquimia)... con grande similitud entre sí por ser todos cifrados con diferentes y dificultosas cifras. Le quedó con ellos a su Magestad la declaración de todos, así como yo lo entendí y declaré...”.

Indudablemente existieron copias del libro del *Tesoro*, pero en ningún caso se da la clave que sirvió para el descifre lo que permite pensar que no provenían de un desciframiento. En los lugares donde tenemos citas aducidas por el comentador de la *Paracélsica*, códice de Sevilla, códice de Palomares y texto paralelo al claro que ofrecemos por descifre del criptograma de Madrid, la coincidencia en lo fundamental es absoluta, pero no así en los detalles que unas veces pueden haberse cambiado por modernización, por corrupción textual o por no entender en algún caso concreto la cifra original. Que ésta no salió de manos de Alfonso el Sabio es indudable, pero sí pudo haber tenido parte en ella el Marqués de Villena, a quien la fama le señala como alquimista; fue, además, traductor al

²⁵ LUANCO, *La Alquimia en España*, tomo II, pág. 167 nota.

²⁶ *Ibidem*, tomo I, pág. 171-179.

castellano de la Eneida y la Divina Comedia y autor de la primera preceptiva castellana con su *Arte de Trovar*; murió en 1434. El manuscrito de Madrid, es, en opinión de Antonio Sánchez, una copia hecha con tinta bermellón distinta de las de los siglos XIII y XIV y letra formada a bolpes de pluma, como imitación de otra que se tenía presente de letra del XIV. Esta imitación del original de Villena sería bien para venderla más cara, bien por deseo de exacta reproducción del original, llevada a cabo a finales del s. XV.

Sea o no el Marqués de Villena su autor, si es indudable que el libro del Tesoro pudo surgir en su ambiente y eso explica el que el orientalismo del libro del Tesoro se reduzca pudiéramos decir, a lo imprescindible. España está en esa época volviéndose a la cultura clásica de los renacentistas italianos; el poderío musulmán ha quedado reducido al reino de Granada, que pronto será reconquistado, y a los judíos que no quieran integrarse definitivamente en la cultura cristiana, antes de que termine el siglo se les expulsará del país. Pero el orientalismo si bien se ha reducido, no ha quedado suprimido: la historia legendaria del príncipe Jalid y el sabio Morieno tiene su eco en el Tesoro, como lo tienen los signos cabalísticos y la escritura árabe.

París

J. D. PARNIE

Madrid

F. DÍAZ ESTEBAN

CUADRO DE LOS SIGNOS SEGUN SU APARICION
EN EL CRIPTOGRAMA

1	Σ	31	m	41	ε	91	o	121	5	151	3	181	Σ
2	ju	32	gg	62	7	92	j	122	H	152	2	182	8
3	l	33	w	63	L	93	v	123	l	153	z	183	e
4	Δ	34	z	64	5	94	5	124	3	154	9	184	9
5	v	35	π	65	7	95	X	125	w	155	j	185	8
6	α	36	Δ	66	8	96	K	126	Δ	156	K	186	9
7	9	37	u	67	f	97	0	127	z	157	η	187	j
8	ε	38	Δ	68	0	98	8	128	36	158	ju	188	8
9	α	39	u	69	φ	99	30	129	3	159	u	189	X
10	λ	40	π	70	h	100	j	130	f	160	36	190	z
11	ε	41	7	71	β	101	6	131	b	161	4	191	9
12	3	42	m	72	Δ	102	1	132	Δ	162	Δ	192	Σ
13	π	43	k	73	Δ	103	2	133	f	163	□	193	β
14	4	44	u	74	u	104	Δ	134	2	164	t	194	9
15	π	45	Σ	75	ε	105	8	135	j	165	K	195	Σ
16	5	46	0	76	L	106	u	136	Y	166	Δ	196	ε
17	η	47	Δ	77	n	107	9	137	Σ	167	u	197	X
18	Δ	48	U	78	?	108	8	138	9	168	u	198	36
19	j	49	p	79	ε	109	L	139	z	169	π	199	Σ
20	j	50	R	80	α	110	Δ	140	2	170	4	200	45
21	K	51	9	81	E	111	X	141	9	171	Σ	201	j
22	4	52	b	82	9	112	4	142	z	172	ε	202	4
23	Δ	53	u	83	M	113	J	143	9	173	Σ	203	3
24	t	54	7	84	Δ	114	7	144	K	174	X		
25	0	55	ε	85	u	115	9	145	!	175	β		
26	M	56	4	86	↑	116	b	146	9	176	Δ		
27	9	57	7	87	3	117	z	147	h	177	fe		
28	8	58	F	88	Δ	118	z	148	z	178	u		
29	z	59	β	89	Δ	119	z	149	0	179	Δ		
30	ε	60	e	90	7	120	9	150	z	180	X		

Libro del
Tesoro

	,
	b
	g
	d
	h
	w
	z
	k
	t
	y
	k
	l
	m
	n
	s
	e
	p
	s
	r
	z
	t

Séfer Raziel

!	'
∨	b
∨	t
W	<u>t</u>
H	ġ
2	h
∨	j
∞	d
∠	<u>d</u>
∨	r
∨	z
≡	s
E	š
U	š
□	d
□	t
□	z
W	c
W	g
U	f
U	q
U	k
△	l
—	m
∨	n
□	w
□	h
5	g